¿Demócrito, Platón o Aristóteles?

Elliott Molina Requena (2º Bachillerato E, abril 2023)

Según Demócrito, el mundo está compuesto por átomos y vacío. Los átomos tienen tamaño, forma, cantidad y orden, todas las demás características de las cosas (olor, color, tacto...) las atribuimos nosotros por convención. Defiende que el ser humano se divide en cuerpo y alma, que también están formados por átomos y vacío, y, cuando llegue la muerte, sólo se desordenarán nuestros átomos y no quedará nada más.

Por otra parte, Platón defiende que hay dos mundos: el mundo en el que vivimos y el mundo de las ideas –que no hay que confundir con un mundo imaginario–. Nuestro mundo está en cambio constante, mientras que el de las ideas es eterno, perfecto e inmutable. Ambos están regidos por el bien y todas las cosas aspiran a llegar hasta él, incluso las de este mundo. Afirma también que el ser humano se divide en alma, que pertenece al mundo de las ideas y es inmortal, y cuerpo, que forma parte de este mundo y perece.

Aristóteles, pupilo de Platón, considera que hay un sólo mundo y lo permanente, lo del mundo de las ideas, se encuentra en la naturaleza y de ahí pasa a la mente en el proceso de abstracción. Además, debido a su intención científica, sostiene que lo inmortal del ser humano es la especie humana, pero que lo que nos hace únicos fallece.

¿Cuál de los tres tiene razón? ¿Qué pensamiento es el mejor para vivir? En mi opinión, ninguno y todos a la vez.

De Platón hay que aprender que hay tres partes en el ser humano, que pueden luchar o vivir en armonía: la razón, la voluntad y los caprichos. Aunque Platón defiende lo contrario, ninguna parte es mejor que otra, todas merecen su espacio en nuestra vida y no podemos suprimir por completo ninguna, aunque hay que manejarlas con prudencia. Es decir, no podemos suprimir el deseo de comer por gula únicamente porque la razón nos dice que ya hemos comido suficiente y realmente no tenemos hambre –porque comer es necesario para vivir–, al igual que no podemos desquitarnos con quien no tiene la culpa de nuestro enfado sólo porque los deseos nos lo piden.

De Aristóteles debemos entender que todos los seres vivos tienen alma, desde la pequeña flor que olisquea tu perro hasta la amable señora que te vende el pan. La descripción que hace Aristóteles de cada una de las almas es completamente biológica, pues explica qué funciones desempeña cada una: la común a todos los seres vivos se encarga de la reproducción y la alimentación; la que comparten todos los animales cumple las tareas de sentir, desear y desplazarse; y la propia de los animales humanos nos permite pensar. No hay que interpretar bajo ningún concepto que pensar hace al ser humano superior a otros seres vivos, ya que al igual que nos caracterizamos por ser capaces de ser racionales, las abejas se caracterizan por fabricar miel y nadie asume que son superiores por ello y pueden someter al resto de seres para su propio beneficio. En otras palabras, hay que rechazar el especismo basado en la idea de que pensar nos convierte en seres superiores, pues incluso hay humanos que parecen no hacerlo.

También es necesario aprender de este filósofo que la amistad –como cualquier otra relación, aunque no las mencione– debe ser una relación recíproca en la que ambas partes están en posición de igualdad, es decir, no debemos poner por encima a ninguna parte de la relación. Un amigo es aquel que potencia nuestras capacidades, que saca lo mejor de nosotros mismos, sin esperar nada a cambio. Esto es aplicable a cualquier tipo de relación. Si tu primo no te aporta nada beneficioso, no eres mala persona por cortar la relación, a pesar de que sea un familiar. Si la que había sido tu mejor amiga durante toda tu vida ya no te hace ser la mejor versión de ti, lo mejor es alejarse. Entendidas estas situaciones, hay que ser conscientes de que podemos ser la parte “rechazada” porque ya no potenciamos a la

otra persona y, por tanto, debemos aprender a dejar ir. Por ejemplo, cuando tu pareja te deja, aparentemente sin motivo alguno, hay que dejarla ir, no retenerla egoístamente.

Ya que mi reflexión se centra en cómo vivir –sin ánimo de ser kantiano–, es necesario mencionar la mayor aportación de Aristóteles a la filosofía y la ética: el término medio. El término medio es un punto que se encuentra entre el exceso y el defecto, como la valentía se encuentra entre la insensatez y la cobardía. Es complicado mantenerse en este punto, porque se aprende con la experiencia, pero es menester hacerlo para vivir feliz. Así, aquel que lleva a tal punto su afición que podría agredir a otro por ella –como ocurre a veces con los hinchas del fútbol–, no será feliz, al igual que quien carezca de pasiones.

Por último, pero no por ello menos importante, de Demócrito es esencial entender que hay cosas decididas por convenio, de común acuerdo entre los humanos. Por ende, lo que hace unos años era aceptado por todos, actualmente podría ser rechazado y modificado. Los ejemplos no son escasos. En España es notable la opinión tan dividida sobre la tauromaquia: para algunos es arte, cultura y tradición, mientras para otros es maltrato animal, crueldad y violencia, y en algunos lugares incluso se ha prohibido. En la historia contemporánea se asume popularmente que Hitler fue derrotado por Estados Unidos, pero en realidad fue Stalin quien le paró los pies. Aún así, aceptamos que fueron los Aliados encabezados por EEUU, porque no sienta bien admitir que el logro era de un dictador ruso comunista.

A veces nos beneficia ser seguidores de Demócrito por protección, ya que si pensamos que la muerte es una simple desorganización de los átomos del alma y del cuerpo es mucho más sencillo afrontar tanto la propia como la ajena, aunque es cierto que esta última es menos llevadera por el dolor que provoca, pero de ese temor se encargará Epicuro más adelante.

En definitiva, todos tienen razón en ciertos aspectos, pero lo más oportuno es seguirlos a todos a la vez, tenerlos a todos presentes para elegir uno u otro en cada momento. De la misma forma que las personas que nos han acompañado a lo largo de nuestra vida han dejado algo –una manía, una muletilla, un vicio...–, los filósofos que debemos estudiar para aprobar el curso también nos impregnan sus ideas, dejándolas en un baúl al fondo de la mente para sacarlas cuando nos sean necesarias.